

CERVANTES Y SU EPOCA

(LA SOCIEDAD ESPAÑOLA DE LOS SIGLOS XVI Y XVII)

Difícilmente puede prestarse a un resumen de urgencia el periodo histórico vivido por España con más denso contenido y amplitud, desde cualquier perspectiva que deseemos enfocarlo. Primerísima potencia en los albores del Renacimiento e imponiendo su incuestionable hegemonía durante el reinado de los primeros Austrias, ni siquiera el Imperio Británico (cuya vigencia real no alcanzó el siglo y medio) ha logrado equipararse al español en multitud de aspectos. Por otra parte, el “Siglo de Oro” no es una frase hueca.

Huelga decir que la sociedad española de aquel tiempo, como la inglesa de comienzos de siglo o la norteamericana de hace unos cuantos años, no dejó de traslucir su prepotencia, asumiendo el relevante papel que España representaba en casi todo el mundo conocido. Con el posterior análisis de esta “representación” a escala nacional es donde el tiempo, a través de teorías contradictorias, ha extendido algo así como un nube sombría, de nefando recuerdo, que envolviese el espectro de un rey cruel, taciturno, rodeado de los siniestros comendadores del Santo Oficio de la General Inquisición.

Siempre son malas, por injustas, las críticas que se suelen hacer -como “a toro pasado”- después de un descalabro. Durante largo tiempo, este periodo histórico fue ignorado o soslayado (en el aspecto que pudiéramos llamar sociopolítico) por casi todos los investigadores nacionales. Hasta el siglo XIX no encontramos estudios concernientes a esta época que analicen el tema del Imperio Español con extensión y en profundidad. Pero, aún así, puede observarse numerosas veces un especial desenfoque, radicalizado en testimonios negativos, que deduce de opiniones presuntamente ecuanímenes, dejando en entredicho la objetividad de los autores en cuestión. Sobre todo a partir de 1898, con la pérdida de Cuba y Filipinas -últimos vestigios de su pretérida grandeza- invade a la sociedad española un sentimiento muy generalizado que alguien define como

“repudio histórico”. Repudio a mi juicio, no sólo de unos hechos sino, en tristes ocasiones, de la propia identidad del país protagonista. Nadie miraba hacia atrás, como no fuese con ira. Es la consecuencia de todo pesimismo exacerbado. Fenómeno que vemos repetirse en otros pueblos de igual o parecida ejecutoria. Los escritores del Romanticismo, que volvieron los ojos al pasado, prefirieron saturarse de Medioevo, idealizando la carga de valores artísticos y éticos con que aquel lejano tiempo de héroes caballerescos exaltaba sin duda la imaginación.

Escribir sobre la sociedad en que vivió y murió nuestro inmortal, aunque desdichado, “Príncipe de los Ingenios” es peregrina tarea si no ha de hacerse por el consabido carril de los lugares comunes (vulgo, tópicos). Carril pseudocientífico ahondado pacientemente, con machacona insistencia, desde los medios de comunicación y anteponiendo en exclusiva los juicios negativos, por ilustres que sean, a las ponderadas estimaciones -no menos ilustres- de escritores tales como Menéndez Pelayo, Astrana Marín, Cánovas del Castillo, Sánchez Albornoz, Salvador de Madariaga y un larguísimo etcétera. De forma que al escribir sobre la sociedad española de los siglos XVI y XVII, mejor que cómo era, convendría seguramente decir cómo no era. Y, desde luego, no era en absoluto triste, anodina y gris, oscurantista e intransigente, como nos la pintan los medios audiovisuales, desarrapada, lúgubre, adscrita casi siempre a un submundo retorcido, atormentado, entre la picaresca del Patio de Monipodio, reprimidos conventos de clausura y soldados con talante de facinerosos. (Versiones TVE). La razón cae por su peso. Cada sociedad refleja, inequívocamente, la imagen que conforma su especial momento histórico. Los brillantes episodios vividos tiempo atrás por la sociedad británica, o el indiscutible ascendiente que ha venido ejerciendo el pueblo americano hasta hace un par de décadas, es difícil que consigan anularlos el Harlem neoyorquino o el Soho londinense ni cuantas máculas pueden apreciarse en el desarrollo socioeconómico, y hasta conceptual, de naciones instaladas